

03/10/2019

EL PECADO QUE MORA EN MÍ Salmo 51: 10

Hace algunas semanas el Presidente de México, Andrés Manuel López Obrador, cerró para siempre una de las prisiones más legendarias del país, ubicada en las Islas Marías; algo así la prisión del Alcatraz en los Estados Unidos. Muchas películas acerca de esta prisión se realizaron a lo largo de su historia; los prisioneros vivían en condiciones muy difíciles y los trabajos que realizaban, mayormente los relacionados con la producción de sal, eran muy peligrosos por las condiciones bastante inseguras en que trabajaban estos prisioneros. El Presidente decidió que era tiempo de acabar con esta clase de castigo para los prisioneros porque la idea de una prisión es la rehabilitación de las personas, no el castigo en sí mismo, en lo cual estamos de acuerdo; pero dijo además algo muy interesante, dijo que los prisioneros estaban allí, no porque fueran malos sino porque las circunstancias los orillaron a hacer cosas malas.

También, uno de los grandes problemas que está atacando el Presidente de México es el combate al robo de combustible conocido como “*huachicol*”, en donde se abren los ductos de las refinerías de PEMEX y extraen el combustible, por supuesto, de manera clandestina e ilegal, generando muchísimos millones de pesos al año en pérdidas para la empresa y, en consecuencia, para la nación, porque la empresa es del gobierno. Cuando se descubre una toma clandestina de combustible, el Presidente ha ordenado al ejército que simplemente alejen a los “*huachicoleros*” y no les hagan daño porque ellos son *pueblo* que hace cosas malas obligados por las circunstancias al no tener mejores oportunidades de empleos, de salarios y de estudios. De hecho, ha llamado a los jóvenes *huachicoleros* a que dejen de delinquir y se unan al programa de becas de estudios que ha creado y al programa de capacitación en ciertos oficios que también ha creado, lo cual también es muy bueno. En estos programas, los jóvenes reciben un salario aunque están solo en capacitación y después, hay convenios con empresas para que se les den trabajo a estos jóvenes que concluyeron su capacitación.

Realmente admiro mucho al Presidente de México; creo que trabaja bastante en el mejoramiento del país, creo que de verdad tiene muy buenas intenciones y creo que es un hombre honesto y sincero. Sin embargo, aun así, creo que está sinceramente equivocado porque el mal

no radica en las circunstancias, sino en la persona. El Apóstol San Pablo lo llamó: “*el pecado que mora en mí*” (Ro. 7:15-22).

El problema de siempre de la humanidad es precisamente que busca culpar a otros por sus acciones y comportamientos. Adán culpó a Eva por haber comido el fruto prohibido; Eva culpó a la serpiente de haberla tentado, y estoy seguro que si Dios le hubiera preguntado a la serpiente por qué lo hizo, la serpiente hubiera culpado a Dios, o a Eva, al fruto mismo, o a cualquier otra cosa.

También se culpan a las circunstancias que se han vivido. Y aunque es verdad que ciertas acciones como violencia intrafamiliar, abusos, violaciones, etc., afectan y pueden disparar el mal comportamiento y las malas acciones de quienes han sido víctimas, también es cierto que la responsabilidad sigue cayendo en las personas mismas, no en las circunstancias, porque las personas son responsables de tomar sus propias decisiones. Créame, esto es así, porque si todas las personas en el mundo que han pasado por estas circunstancias tan tremendas estuvieran sin excepción destinadas para hacer el mal, o estuvieran destinadas a vivir vidas miserables, sin posibilidades de superación, entonces el mundo estaría muchísimo peor de lo que ahora está. Pero gracias a Dios, muchísimas personas que han pasado por estos traumas han tomado las decisiones correctas haciendo la diferencia y ofreciendo algo mucho mejor para sus familias y para la sociedad en que viven aportando solamente cosas positivas. En otras palabras, los traumas que ellos vivieron no los quieren ver en sus familias y por eso los han vencido y ahora hacen la diferencia. Muchos buscaron ayuda y lo lograron.

Muchas personas buscan ayuda a través de terapias psicológicas, lo cual no voy a decir que sea necesariamente del todo malo, pero debemos estar conscientes que la psicología trata a nivel de la conducta, no del corazón. La palabra *psicología* se traduce como “*el estudio de la mente*”, pero la palabra griega *psiqué*, o *psixé*, significa literalmente *alma*, como cuando el Señor Jesús dijo: “*Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas*” (Mt. 11:29). Entonces, la psicología usa herramientas humanas para tratar de resolver problemas del alma, lo cual es completamente imposible. Para resolver los problemas del alma se necesitan herramientas espirituales y estas se encuentran en la Santa y Bendita Palabra de Dios. La Palabra de Dios es suficiente para tratar acerca de cualquier área de la vida que ha

sido afectada, porque fue diseñada por el Creador de nuestras vidas para nuestro bienestar en todo sentido. Mientras la psicología se dirige al mejoramiento de la conducta, lo cual es bueno, la consejería Bíblica se dirige hacia la santificación de la persona, lo cual es mucho mejor.

Otras personas buscan ayuda en la religión, y en verdad, la mayoría de las religiones buscan que las personas sean mejores de lo que son, lo cual es bueno, pero esto también es incompleto, porque para que haya un cambio permanente no se trata solo de ser mejor, sino que se trata de ser como Cristo. En consejería lo que tratamos los consejeros es acercar a la persona a Cristo para que sea como Él, y esto solo se puede lograr con la ayuda del Espíritu Santo. Por eso digo que problemas espirituales se resuelven con herramientas espirituales. Herramientas espirituales para vencer el pecado que mora en mí.

Sin duda, y conforme a lo que enseña la palabra de Dios, el secreto de la transformación está en vivir *en* Cristo, *por* Cristo y *para* Cristo. Un cambio de corazón genuino nos lleva a tener pensamientos correctos, deseos correctos y acciones correctas. Dios revela como está nuestro corazón a través de los problemas y muchas veces permite esos problemas porque quiere formar el carácter de Cristo en nosotros. Si nuestros problemas son más fuertes que nuestra relación con Dios, entonces tenemos un problema del corazón. Así que, el cambio genuino en las personas, no se logra solo generando ambientes favorables, lo cual es bueno, sino encontrando refugio en Dios y en su Palabra, lo cual es mucho mejor y es garantía de victoria.

Consideremos por ejemplo la lectura de hoy. Este Salmo el rey David lo escribió cuando, arrepentido de su pecado, pidió a Dios perdón y restauración para su vida. El pecado de adulterio que cometió David fue la consecuencia de un pecado mucho mayor, si se me permite ponerlo en estos términos. Ese pecado mayor fue el haberse alejado de Dios. El problema del pecado es que contamina todo a su paso y se extiende como una bola de nieve al caer de la montaña. El pecado va creciendo y destruyendo todo lo que se encuentra a su paso. En el caso del rey David, vemos que la mujer con la que cometió adulterio, Betsabé, quedó embarazada (2S. 11), y ahora David tenía que *tapar* su pecado con otro más grande. David envió al esposo de Betsabé a la guerra con el propósito claro de que lo mataran. Urías, el esposo de Betsabé, había sido un hombre fiel al rey, y el rey lo traicionó y lo mató para ocultar su pecado.

David estaba completamente contaminado por el pecado; pecado que casi destruyó su vida.

Dios envió al Profeta Natán a donde David para confrontarlo por su pecado de adulterio y asesinato y fue entonces cuando David cayó en cuenta del terrible daño que había hecho, no solo por haber adulterado con Betsabé y haber enviado a la muerte al marido de ella, sino porque se alejó de Dios que fue lo que en realidad provocó todo. David se arrepintió de corazón y Dios le perdonó aunque su pecado tuvo consecuencias muy fuertes para él. Sin embargo, Dios lo sostuvo todo el tiempo.

David no culpó a la mujer con quien cayó en adulterio; no la acusó de haberlo tentado al estarse bañando desnuda; la mujer estaba en el patio de su casa; David era el que estaba de mirón. David tampoco culpó a las circunstancias que estuviera atravesando como una justificación para su pecado; David se dio cuenta de que el problema no estaba en su ambiente, o sea, en las cosas a su alrededor; el problema no estaba en otras personas, no estaba en nada ni nadie más. David se dio cuenta de que el problema estaba en él, por el pecado que moraba en él y que se disparó al haberse alejado de Dios. David ruega entonces a Dios que lo purifique, es decir, que lo limpie de la contaminación de su pecado (v.7). Pide que le permita escuchar nuevamente el gozo y la alegría en su vida (v.8), porque el pecado, en la vida del creyente, provoca amargura, frustración y tristeza; el pecado no deja ser feliz al creyente. David sabe que este gozo y alegría se reflejarán aun en su cuerpo enfermo; en otras palabras, David sabe que la alegría y el gozo que pueda experimentar en su vida serán para sanidad. David además se siente lleno de vergüenza al estar ante la santidad de Dios, y por eso le pide que esconda su rostro, es decir, el de Dios, porque, lleno de vergüenza, David no quiere que Dios lo vea así de sucio, y malvado, lleno de pecado, y por eso le pide que borre todas sus maldades (v.9). Sin duda, David quiere tener un nuevo inicio con Dios. David se dio cuenta que su problema estaba en él mismo, en su interior y que la única manera de salir adelante era teniendo un nuevo corazón, uno limpio, y que su espíritu fuera completamente renovado, uno que esté firme en Dios y que lo guiara a hacer las cosas correctas delante de Dios (v.10).

¿Qué quería decir David cuando pidió a Dios un corazón limpio y un espíritu renovado? El sentido de la palabra *corazón* es el de algo que está *bien escondido*, por ejemplo, cuando decimos: “*en el corazón de la tierra*”,

queremos decir “en las profundidades ocultas de la tierra”. En la Biblia se habla del *corazón del mar* (Sal. 46:2), y de *los cielos* (Dt. 4:11). El corazón es el centro de la vida, es el centro de las emociones y de los sentimientos, pero también de los pensamientos, de la conciencia, de las motivaciones y hasta de las acciones. El corazón, en el pensamiento judío, envuelve toda la personalidad del ser humano, es decir, aquello que lo hace particular y diferente a otros.

Pero David también pide un espíritu renovado. La palabra *espíritu* también se puede traducir como *persona* o *ser*; de hecho, el espíritu es lo que da vida a la persona. Entonces David quiere ser una persona diferente con una personalidad que agrade a Dios en todo; David quiere una vida diferente, una vida para vivirla para Dios. Corazón y espíritu van siempre de la mano, no puede trabajar el uno sin el otro para producir un cambio genuino y permanente en la persona. Estamos viendo ahora a un David muy diferente al David que vimos en el Segundo Libro de Samuel, el que quiso encubrir su pecado para de alguna manera justificar su mala conducta, sus malas acciones.

David nos enseña que el primer paso hacia la restauración está en reconocer y confesar que tenemos un problema de pecado, pero reconocerlo y confesarlo sin justificarnos; y reconocer y confesar que ese problema de pecado ha sido porque nos hemos alejado de Dios.

Conclusión.

Los creyentes tenemos una gran lucha diaria con el pecado. Esto es porque el pecado se presenta de una forma hermosa, deliciosa y hasta inofensiva para que pueda ser una tentación. También se presenta diciéndonos que es nuestro derecho hacer o no hacer, o decir o no decir tal o cual cosa. Y también se nos presenta diciéndonos que no pasa nada si hacemos o decimos algo que sabemos que no agrada a Dios. El pecado está en nosotros y créame, hasta que no estemos en la presencia eterna de Dios, el pecado seguirá morando en nosotros y solo espera algo para dispararse; nosotros podemos abrirle o cerrarle la puerta.

Por eso, volviendo al Presidente de México, aunque por supuesto que es bueno proveer un ambiente sano y favorable a los prisioneros que cumplen sentencia, éstos seguirán haciendo el mal porque el pecado está en ellos. De igual manera, aunque es muy bueno proveer a los jóvenes

huachicoleros oportunidades de trabajo, los jóvenes seguirán haciendo lo malo, porque el pecado está en ellos.

Para vencer al pecado, y para que haya un genuino cambio de vida en la persona, la única solución se encuentra en Dios. Y así como el rey David oró con angustia en su alma y con su espíritu quebrantado por el dolor y la vergüenza de haberle fallado a Dios, así debe ser también nuestra oración a Dios. Sobre todo, porque nuestro caminar en la vida está lleno de influencias negativas que pueden ser un disparador del pecado que todavía mora en nosotros, para que nuestros pensamientos sean puros y nuestras acciones santas. Si cada día reconocemos nuestra debilidad ante el pecado y clamamos a Dios por un corazón limpio y un espíritu que se renueve cada día en Él, saldremos vencedores ante la tentación del pecado. Pero si seguimos culpando a las circunstancias que están a nuestro alrededor, lo único que estaremos haciendo será justificar nuestro pecado, lo cual nos llenará de contaminación y destrucción.

El pecado quita la paz y el gozo de nuestra vida, nos hace más débiles y nos hace presa fácil del enemigo de nuestras almas. Caemos en pecado cuando nos alejamos de Dios, cuando dejamos de lado la oración, la meditación en la Palabra y el servicio a Dios y nos volvemos ociosos.

Santiago dice: *“Dichoso el hombre que soporta la prueba con fortaleza, porque al salir aprobado recibirá como premio la vida, que es la corona que Dios ha prometido a los que lo aman. Cuando alguno se sienta tentado a hacer lo malo, no piense que es tentado por Dios, porque Dios ni siente la tentación de hacer lo malo, ni tienta a nadie para que lo haga. Al contrario, uno es tentado por sus propios malos deseos, que lo atraen y lo seducen. De estos malos deseos nace el pecado; y del pecado, cuando llega a su completo desarrollo, nace la muerte”* (Stg. 1:12-15). El pecado está en nosotros y nos quiere destruir. Santiago también dice que la única solución se encuentra en Dios. Refugiémonos cada día en Él y vivamos conforme a su Palabra, y de esa manera nos garantiza el Señor que podremos vencer cada día, un día a la vez, el pecado que mora en mí y en usted y que además recibiremos la gran recompensa de parte de Dios. Amén... Vamos a orar...